

Habitar migrante: prácticas de apropiación del espacio urbano de migrantes venezolanos en Quito

Migrant housing: practices of appropriation of urban space
by Venezuelan migrants in Quito

Eduardo López Rivera *

Resumen: Este escrito se propone comprender como se construye el habitar y los procesos de apropiación espacial de la población migrante venezolana en espacios urbanos de Quito, Ecuador. Para eso usamos la discusión teórica de Henry Lefebvre sobre la producción social del espacio y sus componentes: el espacio concebido, espacio vivido, el espacio percibido, aunado a los conceptos de habitar y apropiación. La idea es inscribir una perspectiva nueva al fenómeno de las migraciones en Latinoamérica uniendo los estudios urbanos y los estudios sobre migraciones. Para esto, nos situamos en una metodología de tipo cualitativo, que reúne técnicas como la entrevista y observación, con la intención de argumentar que la construcción del habitar surge de una apropiación espacial que incluyen formas de relacionarse, vivir, usar el espacio por parte de las/los migrantes, frente a las dinámicas propias de los locales y la visión sobre espacio urbano desde el Estado.

Palabras clave: Habitar, Apropiación espacial, Producción del espacio, Espacio urbano, Experiencia urbana, Migrantes.

Abstract: This paper aims to understand how the dwelling and spatial appropriation processes of the Venezuelan migrant population are constructed in urban spaces in Quito, Ecuador. For this purpose, we use Henry Lefebvre's theoretical discussion on the social production of space and its components: conceived space, lived space, perceived space, together with the concepts of dwelling and appropriation. The idea is to inscribe a new perspective to the phenomenon of migrations in Latin America by joining urban studies and migration studies. For this, we use a qualitative methodology, which brings together techniques such as interview and observation, with the intention of arguing that the construction of inhabiting arises from a spatial appropriation that includes ways of relating, living, and using space on the part of migrants, as opposed to the dynamics of the locals and the visions on urban space from the State.

Keywords: Dwelling, Spatial Appropriation, Production of space, Urban space, Urban experience, migrants.

* Eduardo López Rivera es colombiano, politólogo de la Universidad del Cauca, Colombia; con Maestría en Estudios Urbanos de la FLACSO – Ecuador-, actualmente cursa estudios de Doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires- UBA-. Es docente de la Universidad Central del Ecuador. Correo electrónico: elopez@uce.edu.ec. <https://orcid.org/0009-0007-8888-1488>

Recibido: 22 mayo de 2024 Aceptado:1 de septiembre 2024

Introducción

Según Naciones Unidas, vivimos tiempos de una alta movilidad humana, pero una movilidad marcadamente urbana (OIM, 2015). Ya en 2014 del total de la población mundial, más del 54% vivía en ciudades y sus zonas urbanas, cifra que va en aumento gracias a los flujos migratorios -tanto internos o externos- que alimentan el crecimiento urbano. Las ciudades se han convertido en espacios que aglutinan a numerosos grupos sociales, aportando diversidad, cultura y economía, creando nuevas formas de relacionamiento, por lo que “la integración de los migrantes se produce fundamentalmente en las ciudades” (OIM, 2015: 3). Esto se debe a que las urbes son polos atractivos donde las/los migrantes pueden acceder fácilmente a oportunidades laborales, salud, servicios y seguridad; lo que nos lleva a pensar a la ciudad como el espacio de interacción e integración social.

Las ciudades latinoamericanas no se quedan por fuera de esta tendencia. En la región, las urbes se han convertido en el polo de atracción para la migración tanto interna como externa. Esto se ha hecho evidente en la última década con el éxodo de población migrante venezolana hacia países de la región. Ya desde mediados del 2013, la situación económica y social por la que atraviesa Venezuela ha generado la movilización de amplios grupos de población hacia países como Colombia, Perú, Ecuador y Chile y, en años recientes (2020-2024) hacia Estados Unidos y Europa. Los problemas económicos y políticos en Venezuela han dado lugar a una de las crisis humanitarias más grandes del mundo (OIM, 2020). Según cifras de la Organización Internacional para las migraciones OIM, para el 2020 casi siete millones de venezolanas/os habían salido de Venezuela desde 2014 (OIM, 2020). La gran mayoría encontraba refugio en países vecinos, siendo Colombia y Perú los países que resguardaban el mayor número de migrantes venezolanos en la región¹. Entre esos países, Ecuador fue el cuarto destino elegido por venezolanos y se estima que este país acogió alrededor de 443 mil migrantes en 2021 (OIM, 2022).

En Quito la presencia de migrantes venezolanos ha sido ha sido evidente desde los primeros movimientos migratorios de esta población (2014-2017). La ciudad se ha convertido en el escenario de una lucha por la inserción, entre migrantes y habitantes locales, evidente en plazas y calles, donde se generan espacios compartidos de uso y aprovechamiento del espacio (Torres, 2008). En la ciudad, los migrantes buscan la materialización del derecho a ser parte de ella, vivir la metrópoli y tender relaciones con los sujetos y los lugares urbanos. Es cuando los migrantes llegan a un nuevo espacio donde produce un quiebre con sus referentes sociales y una desconexión con su mundo simbólico-espacial. En ese camino encuentran maneras de relacionarse con el entorno y se construye un lugar - espacio-tiempo – determinado entre los sujetos migrantes, los nacionales y el entorno lo que va a determinar una experiencia urbana particular, pero también un conflicto espacial. De esta manera surgen las siguientes preguntas: ¿cómo se integran las/os migrantes en un nuevo espacio urbano? ¿cuáles son las estrategias de apropiación migrante del espacio urbano? ¿Cómo se construye el habitar de los migrantes en la ciudad?

¹ Colombia y el Perú tenían las mayores poblaciones de migrantes venezolanos al final de 2018, más de 1 millón y 500.000, respectivamente (OIM, 2020).

Para responder estas preguntas nos apoyamos de la tesis de Emilio Duhau y Ángela Giglia (2008) y el concepto de habitar: “Definimos el habitar como el conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de una orden espacio temporal, y al mismo tiempo establecerlo” (Giglia y Duhau, 2008:24), este concepto es central, ya que se sostiene que los migrantes construyen su propio habitar a través de la producción de su espacio, permitiéndoles plasmar sobre el espacio sus vivencias, perspectivas y prácticas al espacio urbano.

Por lo tanto, es importante establecer un paralelo con el concepto de *producción del espacio* de Henri Lefebvre (2013). Para entender cómo se construye este concepto, Lefebvre brinda tres dimensiones espaciales con sus respectivos tipos de espacio: a) *La práctica espacial* (espacio percibido) que consiste en la imagen mental de los individuos sobre el espacio urbano. Incluye las representaciones simbólicas que dan significado al espacio; es decir cómo es interpretado por los usuarios de la ciudad; b) *la representación del espacio* (espacio concebido) como el espacio construido desde el saber técnico de planificadores urbanos, arquitectos, urbanistas que incluyen su contenido ideológico, es decir, el deber ser del espacio, y finalmente; c) *el espacio de la representación* (espacio vivido), que es el espacio vivido-relacional-social, que comprende el sistema de símbolos, códigos y formas de vida construidos entre los individuos y el espacio. Esta dimensión permite incluir el sentido de experiencia, pero también de resistencia al espacio concebido (Lefebvre, 2013). De esta forma, se analizará la construcción del habitar de los migrantes a partir de las representaciones espaciales, la práctica espacial y el espacio de representación, entendiendo que estos funcionan de manera simultánea, con la intención de comprender la forma en que se construyen usos legítimos/ilegítimos del espacio urbano (Marcús, 2020).

Por otro lado, concebimos a la experiencia urbana como los modos de ver, sentir y hacer la ciudad por parte de actores situados social y espacialmente (Segura, 2015). Al traer al frente este concepto, queremos evidenciar las interacciones de los individuos y sus maneras de vivir la ciudad, y adentrarnos las experiencias urbanas de las otredades en el espacio, específicamente de las/los migrantes.

Finalmente, entendemos la apropiación espacial como un conjunto de prácticas que permiten transformar el espacio. Tomeau Vidal y Enric Pol (2005) explican que: “las personas, los grupos y las colectividades transforman el espacio, dejando en él su huella, es decir, señales y marcas cargadas simbólicamente” (Vidal, Pol: 2005). En el caso de los migrantes, entendemos la apropiación como la generación de vínculos con los lugares que desarrollan para procesos cognitivos, afectivos con el espacio, dotándolo de significados propios (Vidal, Pol: 2005).

En cuanto al enfoque metodológico, esta investigación se enmarca en un enfoque cualitativo, que permite extraer información relevante sobre experiencias de las/los migrantes y contrastarlas con diferentes teorías. Para eso se realizaron 20 entrevistas semi estructuradas a un grupo de mujeres y hombres migrantes venezolanos entre los 20 a 45 años, de diferentes orígenes sociales y geográficos, cuyos periodos de presencia en la ciudad varían entre 2015-2023. La realización de entrevistas permitió entender los ambientes cotidianos de los participantes, como su vida diaria, sus expresiones, sus creencias y como interactúan frente a su experiencia migratoria en la ciudad. Las entrevistas se estructuraron en torno a cuatro ítems: I) Llegada a Ecuador; II) Establecimiento en Quito; III) Vida y Espacio Público; IV) Inclusión en Quito. Este instrumento fue diseñado para tener la libertad de introducir/obviar preguntas y precisar más información. De igual forma, se realizó revisión documental de fuentes secundarias para analizar el imaginario creado sobre la migración venezolana en Ecuador y los escenarios de exclusión y xenofobia en la ciudad.

Habiendo hecho las consideraciones iniciales, este trabajo se propone explorar aspectos en la construcción del habitar de las/los migrantes, a partir de la apropiación espacial y experiencia urbana. Para esto, identificamos tres aspectos que permiten entender el habitar migrante: 1. Los lugares de ubicación y vivienda; 2. Los desplazamientos cotidianos y el espacio urbano; 3. las prácticas de apropiación espacial migrante. A continuación, desarrollaremos cada uno de estos apartados.

1. Los lugares de ubicación y vivienda.

Como punto de partida, es importante aclarar que el habitar es entendido bajo la idea del espacio-refugio y no solamente tiene relación con la vivienda: “Utilizamos aquí la noción de habitar en el sentido vinculado a la noción de casa, como sinónimo de amparo, de sentirse amparado en un lugar, como lo hace Bachelard en *La poética del espacio* (1967)” (Giglia y Duahu, 2008.). En ese sentido asociamos al habitar como el espacio protector al que nos vinculamos como usuarios de la ciudad, ya sea nuestra vivienda, nuestro barrio, o nuestra ciudad. En ese sentido es importante entender cómo se han vinculado los migrantes con la ciudad desde la dimensión espacial más local, la vivienda.

La ubicación de los lugares de vivienda depende de factores que pueden ser comunes para cualquier habitante de la ciudad. Sin embargo, para las/los migrantes, la ubicación de sus redes de apoyo, la cercanía del lugar de trabajo y el costo de los lugares para arrendar, son fundamentales para la elección de un lugar. Para estos es importante identificar al menos tres criterios: “familiaridad”, “economía”, “cercanía” entre otros.

Por un lado, la dimensión de *familiaridad*: hace referencia a la familia y al apego. La presencia de familiares o amigos en lugares de la ciudad es la primera puerta de conexión con un espacio de vivienda en Quito. En muchos casos, son personas conocidas que se ofrecen a recibirlos en sus espacios. Como es el caso de Oscar oriundo de San Fernando (Apure) y de Daniel oriundo de Maracaibo:

Vivo por el Condado. Me quedé ahí porque mi amigo vivía por ese lado, ahí ya hice vida y me socialicé con las personas (Oscar, 2021)

En el Comité del Pueblo. Porque no tenía quien me recibiera y me recibió mi amiga, entonces sigo viviendo en el Comité del Pueblo, porque me tocó. Pero ya me gusta el sector y como tengo amistades ahí y me siento bien ahí (Daniel, 2021)

En estos relatos, la ubicación espacial se ajusta a la red de relaciones establecidas previamente al arribo a Quito. La presencia de familiares o amigos es fundamental para el establecimiento en la ciudad. El tener un punto de apoyo para el proceso migratorio que conlleva a una contingencia emocional y económica es central en el proceso migratorio. De acuerdo con Amparo Micolta (2005), el establecimiento de redes como comunidades son claves en la decisión de migrar o permanecer en un lugar, pero también es oportuna en cuanto a los costos de la migración. En ocasiones, el impedimento de no poder acceder a un lugar propio en los primeros momentos de la migración hace que tengan que adaptarse a los espacios de familiares o amigos. No obstante, estas situaciones no están libres de controversias. En algunos casos, las/los migrantes deciden dejar los espacios por conflictos o simplemente por inconveniencia geográfica.

Por otro lado, la elección de un espacio también ocurre por un apego con el lugar. Como el caso de Daniel, algunos deciden quedarse en el sector al que llegaron porque ya han establecido vínculos con el barrio, son conocidos en el sector y esto les brinda

seguridad emocional. De esa forma, prefieren seguir viviendo en la misma zona cerca de sus familiares y amigos, ya que moverse a otro barrio significa “empezar de cero”. En esa medida el habitar de las/los migrantes se relaciona con la construcción de vínculos, y asume una relación más profunda con el lugar (Giglia y Duahu, 2008)

Otro criterio es la *economía*, esta hace referencia a la accesibilidad en términos económicos que representa un espacio determinado, es decir, por la posibilidad de alquilar una vivienda con los recursos que poseen. Esto hace que en muchos casos recurran a vivir con amigos, o familiares para ahorrar en gastos, como lo expresa Sofía de Caracas y Rosana de Isla Margarita:

Actualmente vivo por la Río Coca. Escogí este lugar para vivir por un tema económico, antes vivía sola, como a una cuadra de aquí, pero si era complicado pagar la renta yo sola. (...) he vivido en la Gonzales Suarez, en Monteserrín, en el Inca, que he vivido en sectores bien, digamos céntricos, pero si existe una diferencia en cuanto a precios (Sofía, 2021).

Ahora estoy al Sur, en Quitumbe, por donde está la plataforma gubernamental del sur. Yo me mudé del centro norte, porque el precio del alquiler, porque para ese momento eran 250 y para la zona y para el poder adquisitivo que de pronto no tenía suficiente, busqué, junto con la que era mi suegra en ese momento un espacio más económico (Rosana, 2021)

En el relato de Sofía y Rosana, buscar espacios que se ajusten a sus ingresos es fundamental en la experiencia migrante, esto hace que muchos sacrifiquen las comodidades de vivir en las zonas céntricas y mejor conectadas de la ciudad, por espacios más económicos, pero que significan mayores tiempos de desplazamiento.

Por otro lado, estos relatos muestran un elemento claro de la experiencia migrante: el compartir espacio. Para muchos migrantes, compartir vivienda se convierte en una estrategia de supervivencia que les permite ahorrar para futuros imprevistos. De esa forma, los migrantes se ven obligados a cooperar con sus amigos, familiares y parejas, o a renunciar sus posibilidades de vivir solos en la búsqueda de una mejor economía. A esto se suma la necesidad de compartir el espacio desde una necesidad emocional, el convivir con “familia” permite conectarse con otro semejante y ahorrar dinero al mismo tiempo.

El factor *cercanía* es uno de los incentivos que operan sobre la decisión de quedarse en un espacio. La ubicación en un espacio cercano al lugar de trabajo significa ahorro de tiempo y dinero. Sumado a esto, la cercanía permite el acceso a centros de comercio, supermercados, tiendas, etc., que son necesarias para el día a día de cualquier habitante de la ciudad. Para Denis de Maracay, la cercanía a su lugar de trabajo está relacionada con la zona donde viven la mayoría de sus labores económicas: “vivo al sur, por Quitumbe. Porque me quedaba súper cerca de los dos trabajos que tenía”. También juega un papel importante la cercanía de los principales corredores de transporte de la ciudad (Ecovía, Trolebús, Metrobús), que se mueven de norte a sur por las grandes avenidas de la ciudad.

Ahora bien, las/los migrantes tienen algunos obstáculos para conseguir espacios para vivir. En muchos casos, la propia condición migrante es condicional para encontrar un buen lugar. Esto se puede explicar gracias a fenómenos migratorios previos en Ecuador, principalmente en lo referente a los imaginarios construidos sobre la migración cubana y colombiana, la cual creó el imaginario del vecino ruidoso, imaginario que se considera indeseable en algunos espacios de la cultura serrana, como expresa Guillermo originario de Valencia:

No tenía referencia de ningún lugar cuando decidí irme de Cumbayá, busqué muchos lugares (...), vale acotar que es muy difícil encontrar un arrendo para nosotros como extranjeros porque a veces se hace un poco difícil, entiendo que algunos ecuatorianos no quieren arrendarles a extranjeros por algunas experiencias que son verdaderas, pero no todos somos iguales (Guillermo, 2021).

El imaginario del migrante caribeño como “ruidoso”, “escandaloso” o “problemático”, deposita en el migrante venezolano estereotipos que hacen que sean mucho más difícil encontrar espacios de vivienda. Esto ha sido ampliamente recopilado en algunos trabajos sobre migración caribeña en Ecuador, en donde el estereotipo sobre algunos grupos migrantes genera condiciones de exclusión (Correa 2016, Ceja 2015, Ortega y Ospina 2011). Esto no ocurre con todos los extranjeros, ya que también intervienen condiciones de origen y de clase social. Habitualmente, migrantes de bajos recursos y racializados, tienen más dificultades a la hora de conseguir espacios para vivir. En consecuencia, algunos migrantes terminan ubicándose en zonas donde no se cuestiona su nacionalidad, como zonas más alejadas del centro geográfico, o barrios de frontera.

Lo anterior se conecta con otro punto álgido respecto a la ubicación de los migrantes: la movilidad residencial. Según María Mercedes Di Virgilio (2007) la movilidad residencial implica pautas de movilidad que se definen con las oportunidades y limitaciones de vivienda vacante, dependiente del mercado del suelo y de la disposición de los servicios en la ciudad (Di Virgilio, 2007). Para los migrantes, esta movilidad la marcan los costos de alquiler, las dinámicas económicas del sector, o simplemente donde puedan recibirse sin miramientos nacionales. Como expresa Alexa de Caracas: *“Aquí como inmigrantes nos mudamos más que nadie”*.

A esto se le suma la inseguridad, las distancias, problemas con los arrendatarios o simplemente, vencimiento de contratos, son algunos de las razones que argumentaron los migrantes. Un testimonio que representa esta situación es el de Carolina de Valencia (Carabobo):

Vivo en el sector de la Luz, por el colegio Don Bosco, cuando yo llegué, llegué a la Calama, ahí estuve 6 meses, ahí se aprovecharon de nosotras porque pagamos un arriendo carísimo por ese sector y un apartamento chiquito e incómodo, pero como éramos recién llegadas, pagamos la novatada por así decirlo (...), y ahí se aprovecharon de que estábamos nuevas y nosotras pensamos que nos iban a exigir más cosas, como papeles, visa y como no teníamos nada, solo el pasaporte. ¡Pagamos 450 dólares por un apartamento mínimo, sin guardianía, nada! eso sí fue una mala experiencia! (Carolina, 2022).

La experiencia de Carolina representa los obstáculos que tienen que vivir los migrantes a la hora de encontrar lugares para vivir. Si bien se puede decir que no se diferencia mucho de lo que los lugareños pueden experimentar, a la movilidad residencial de los migrantes se suman el desconocimiento de los requisitos para alquilar, o el pedido de documentos que no existen en la ley, como pasados judiciales, certificados de ingresos o certificados de honorabilidad (Peralvo, 2018). En ese sentido, en la construcción del habitar migrante se establecen parámetros sobre ubicación de residencia de las/los migrantes, tanto las opciones de familiaridad, economía y cercanía establecen los nexos entre los sujetos migrantes y el espacio para habitar. Por otra parte, la presencia de estereotipos entre los

vecinos dificulta el acceso a espacios de vivienda dignos, lo que explica la alta movilidad residencial de las/los migrantes. Según Giglia y Duhau (2008) esto hace posible que los migrantes establezcan puntos de referencia y se coloquen dentro de un territorio que puede estable, móvil o transitorio (Giglia y Duhau; 2008).

Otro punto clave en el habitar migrante es su vinculación emocional con el espacio próximo local. A este respecto Giglia y Duhau (2008) plantean una distinción entre el espacio local y el espacio metropolitano, ya que lo local alude a la relación entre migrantes y vecinos del barrio. Los entrevistados comentaron que, en la mayoría de los casos tenían relaciones cordiales con sus vecinos. Sin embargo, la convivencia no se escapaba de polémicas respecto a formas de habitar el espacio privado. Estas experiencias se relacionan con la percepción del migrante como conflictivo, y a su vez se vincula con los problemas a la hora de conseguir vivienda, debido a que los dueños tenían la creencia de que eran “ruidosos” y problemáticos. Otros entrevistados manifiestan que la relación es cordial, sin embargo, no profundizan en relaciones más estrechas, debido a que no tienen tiempo para conocer a los vecinos, porque trabajan todo el tiempo y casi nunca los ven:

No tengo relación con los vecinos porque siempre me la paso trabajando y no tengo la posibilidad de conocer a nadie cercano de ahí (Andrés, 2021)

Sí mayormente, ósea no socializo muchos con ellos por la cuestión de que no tengo muchos días libres, pero si nos saludamos y cuando hay tiempo de reír un rato (...) pero hasta ahí (Oscar, 2021).

No hay relación con los vecinos, más con otras torres, pero no con esta torre. Son personas que están en su mundo cada uno, no hay encuentros ni casual de hecho (Ángel, 2021)

Estos relatos, demuestran como las obligaciones laborales de las/los migrantes terminan sacrificando posibles escenarios de sociabilidad. Los horarios de trabajo hacen que las/los migrantes tengan poco contacto con sus vecinos, de hecho, pocos afirmaron tener amigos en su entorno próximo, más bien, sus redes estaban en otros puntos de la ciudad y preferían usar otros lugares para encuentros, como centros comerciales y locales privados, etc. Esto se relaciona con lo que plantea Giglia y Duhau, sobre “residir sin habitar” (Giglia y Duhau, 2008), dejando claro que su barrio o localidad no necesariamente es el espacio con el que se establece una presencia social que los vincule con los otros. Esto ocurre cuando los migrantes no se pueden vincular o establecer lazos con el espacio inmediato. En ese sentido habitan la ciudad, pero no su espacio próximo.

2. Los desplazamientos cotidianos

Otro elemento que se incorpora en la construcción del habitar migrante, son las movilidades cotidianas. Según Chaves, (2017), la movilidad cotidiana es “una práctica social de desplazamiento diario a través del tiempo y del espacio urbano que permite el acceso a actividades, personas y lugares” (Chaves, et. al. 2017). En ese sentido, la experiencia de vivir la ciudad ocurre en los tránsitos que van de un lugar a otro, pero también remite a interacciones espaciotemporales, símbolos y relaciones que permiten a los habitantes de una ciudad, tener una experiencia urbana propia.

Entre los relatos, las/los migrantes se movilizan en la ciudad ya sea por trabajo o educación. Para algunos, caminar es una alternativa de movilidad que permite sacarle provecho a la ciudad, como el caso de Andrea de Caracas, cuya movilidad cotidiana se define por su trabajo. Ella debe circular por varias zonas de la ciudad, empezando en centro y moviéndose hacia el norte, donde se ubica para vender planes de telefonía en la calle. En ese trayecto, toma decisiones sobre las zonas por las que le conviene transitar, generalmente zonas de bastante actividad comercial:

Yo voy caminando desde la Marín, me paso toda la Alameda, El Ejido, luego me meto por la 10 de Agosto, Mariana de Jesús, Amazonas y caigo en el CCI, y mi punto donde yo me paro a vender es el Quicentro norte (Andrea, 2021).
Mi trabajo me queda cerca, caminando llego en 20 minutos. Trabajo por la Republica del Salvador, normalmente voy en Ecovía, porque ya no tengo mi moto, tengo lo que va de año sin moto, porque la vendí. Voy en Ecovía porque es lo más práctico y rápido y no soy tan amiga de caminar (Sofía, 2021).

Andrea tranquilamente podría tomar transporte público y llegar al Centro Comercial Quicentro norte, pero el recorrido no es para ahorrar dinero, sino para vender más planes de telefonía. El espacio se convierte en un escenario de trabajo que debe ser recorrido para obtener el mayor beneficio. De esa forma, los migrantes establecen mapas mentales de la calle del espacio que los rodea en función de sus necesidades y permite orientarse entre los lugares y sujetos. Este mapa mental permite a los sujetos “a través de las representaciones, estar mentalmente en relación con otros lugares y sujetos distantes” (Signorelli, 2008: 43). El “caminar”, entonces, se convierte en un dispositivo para reconocer el espacio. Cuando las/los migrantes se insertan en la ciudad, el primer paso de reconocimiento implica caminar para familiarizarse con el espacio. Esto puede ser una actividad de ubicación espacial que permite establecer distancias en el espacio.

En el relato de Sofía, la noción de distancia puede evaluarse según el tiempo que toma el desplazamiento. Sofía vive relativamente cerca de su trabajo, lo que hace que pueda movilizarse fácilmente, vivir cerca incluye un beneficio extra en la vida en la ciudad, de ahí se construye la categoría “cerca/lejos”. En otros testimonios, el tiempo de desplazamiento se extiende dependiendo de la distancia entre la vivienda y los sectores centrales de la ciudad. En ese sentido el caminar constituye una forma de lectura de la ciudad. Para Michel De Certau (2000), el peatón se apropia del espacio por medio de contratos pragmáticos bajo la forma de movimientos (De Certau, 2000; 110). De esa forma, el acto de caminar se concibe como un proceso de apropiación del sistema topográfico.

En ese movimiento por la ciudad, es fundamental para las/los migrantes el conocer del transporte público. El conocimiento de los horarios, intervalos y conexiones permite comprender el sistema de transporte y entender la ciudad, como cuenta Elvis de Maturín y Rubí de Maracay:

Aprendí a agarrar los troles y los metros y toda la cuestión, fue por equivocarme tantas veces y perderme (Elvis, 2021).
En el día en autobús, tengo que tomar dos rutas distintas. Ya por la noche por el tema de horarios si debo venirme en taxi o en Uber, es la única forma ya a esa hora no hay transporte público de bus. Porque los troles si todavía trabajan a esa hora, pero no pasan por acá (Rubí, 2021)

En este y en otros relatos, se exponen los problemas de interconexión en la ciudad, ya que este no está articulado con a una red general de transportes. De igual forma, los horarios varían de acuerdo con los días de la semana y si bien los corredores funcionan de 5am a 24pm, los buses comunes tienen funcionamiento hasta las 10 pm, por lo que en muchas ocasiones los migrantes se ven obligados a tomar taxis o carros de plataformas móviles.

Sin embargo, en esta constante repetición sobre el uso del transporte desarrolla un mapa de la ciudad, esto nos lleva a plantearnos la idea de *habitus* socio-espacial. Esta idea es retomada por Pierre Bourdieu como el “saber con el cuerpo”, que se hace presente en las prácticas con las cuales ordenamos el espacio a partir de acciones mecánicas (Giglia y Duhau; 2008:16).

Por otra parte, en la elección de los espacios de vivienda, y en los espacios para transitar, también se configura la percepción sobre los lugares seguros/inseguros de vivir y transitar. En esa medida, se acumulan situaciones que debemos considerar los condicionamientos de género, clase y raza presentes en el grupo de migrantes residentes en la ciudad. En el caso de las mujeres entrevistadas, el reconocimiento del espacio está definido por la familiaridad con el lugar, y la percepción de inseguridad, como es el caso de Carolina y Liliana:

Me siento cómoda por donde me sé movilizar, por donde no, uso Google Maps, pero no me siento incómoda (...), o sea, siento que vivo aquí y conozco la ciudad (Carolina, 2021).

Sí, hay ciertos espacios por los que prefiero no ir, por ejemplo, en la Marín hay ciertos lugares donde hay mucha gente viciosa y no es por dármeles de la gran cosa, pero es mejor prevenir que lamentar, por ahí hay mucha gente que roba y toda la cosa y eso no me gusta (Liliana, 2021)

En estos relatos, la simple decisión de no estar en un espacio y de conocer los peligros de la ciudad, se conecta con la construcción de un espacio vital lo que incluye entender los códigos de la ciudad. La construcción del habitar plantea el reconocimiento de una ubicación espacio-temporal que se corresponde con “estar” presente en la ciudad y saber movilizarse por ella.

El miedo a estos lugares son representaciones sobre el espacio en la medida en que se hace más común el circular en la ciudad. Los desplazamientos en el espacio físico se ven influenciados por el imaginario sobre la peligrosidad del lugar, aunque muchas veces no es posible evitarlos. En la práctica cotidiana de los migrantes al movilizarse por la ciudad, quedan impregnados como espacios de conflictividad:

Por los corredores, son estos autobuses que van por el Tejar, por esos sitios, San Roque. No me gusta transitarlos porque roban mucho, incluso en los buses “arranchan” en cualquier estación, sea la mochila o el teléfono, por esos lugares no me gusta transitarlos (Francy, 2021)

Bueno, hay algunos lugares de Quito que no los he transitado porque me han hablado de que es muy peligroso, y yo prefiero que, si voy, voy acompañada o algo, pero no voy sola. Que la ferroviaria, la Lucha de los Pobres, todos esos lugares me dan como miedito, no los he visitado, pero si voy digo, vamos en grupo, por si acaso (Mónica, 2021)

Aquí también se observa la forma de estar y transitar el espacio en el habitar migrante. La diferencia entre “no transitarlo sola” o “transitarlos acompañadas” representa las formas en que las mujeres viven el espacio público a diario, atravesado por el miedo y la inseguridad, pero que no escapan a la necesidad de transitar y vivir la ciudad.

En este punto, la mirada interseccional es necesaria para considerar aspectos como género, sexo, clase, etnia y edad, y entender las complejidades que producen las relaciones de poder en la ciudad. Dentro del grupo de migrantes, es evidente que muchas de las experiencias urbanas cambian entre ser mujer o varón, no solo en espacios públicos, sino también en espacios privados, como es el caso de Andrea y Mónica:

Yo trabajé con un señor de Esmeraldas que trabajaba por la universidad Central vendiendo comida en la avenida América. Él me pagaba 15 dólares diarios y me decía que si quería ir a su casa a limpiar camarones y me pagaba 10 dólares más (...). Un día fui yo sola, y se quiso propasar conmigo y ya nunca más le trabajé (Andrea, 2021). El arrendador del sitio donde vivía me acosaba sexualmente. También un jefe en algún momento me acosaba sexualmente, me decía “trabaja para mí, yo te pago lo que tú quieras”, pero ¿por qué no te acuestas conmigo? y vamos a salir” (Mónica, 2021)

Estos relatos reflejan las complejidades por las que atraviesan las mujeres migrantes en su relación con la ciudad. Específicamente por las situaciones de violencia de género, acoso o abuso al que se ven sometidas por el hecho de ser mujeres, migrantes y pobres, lo que afecta su construcción del habitar. María Rodó de Zarate señala: “El control sobre los cuerpos sexuados, sobre sus movimientos, los lugares donde pueden o no estar y en qué momentos, condiciona no solo el acceso a la ciudad sino también las formas de participación” (Rodó de Zarate, 2018: 45). Esto se ve claramente en la forma en que establecen su relación con la ciudad, la forma en que se movilizan y viven la ciudad.

Ahora bien, en el caso de los migrantes varones, el dispositivo de reconocimiento espacial opera de diferentes formas. Aunque hay diferencias en cuanto a percepción de los lugares peligrosos a comparación de las mujeres, los varones se arriesgan más si se sienten más confiados con la ciudad. Muchos de los varones entrevistados dijeron no sentirse inseguros en ningún espacio de la ciudad. En otros casos, la inseguridad es percibida mucho más en el propio entorno barrial, que en otros lugares. El tránsito diario en los lugares vecinos, construye un imaginario del barrio y las dinámicas que ocurren sobre él. Como lo explica Anthony:

Sí, hay unas gradas que son peligrosas por el centro. Para llegar donde yo vivo, tengo que subir esas gradas, y esas gradas tienen ¡378 escalones!, es muy cansado y siempre hay vagos fumando por ahí. Por eso me abro, prefiero ir por un camino que es más lejos, pero sé que voy seguro (Anthony, 2021)

La experiencia de Anthony ejemplifica la percepción sobre el espacio habitado desde la sensación de peligrosidad. Caminar el entorno local permite conocer mucho más el contexto del barrio y las alternativas que puede poner en práctica para llegar a su casa. Esto permite reconocer los espacios inseguros, o espacios que, por simple hecho de ser desconocidos, entran en el imaginario como espacios no domesticados (Giglia y Duhau, 2008).

Estos relatos muestran la diversidad de experiencias que viven las/los migrantes en su transitar por la ciudad. Las experiencias tanto de movilidad cotidiana y sobre la percepción de la ciudad y sus peligros, conlleva a un conjunto de prácticas repetitivas construye una dimensión de domesticidad. En palabras de Giglia y Duhau (2008) “La relación reiterada con cierto espacio lo transforma en algo familiar, utilizable, provisto de sentido, en una palabra, domesticado” (Giglia y Duahu), conlleva a entender las percepciones construidas entre hombres y mujeres migrantes sobre la seguridad - inseguridad, la dimensión de cerca – lejos permite la construcción de una idea del lugar y las formas de interacción con este.

3. Las prácticas de apropiación espacial migrante

Para dar cuenta de los procesos de apropiación espacial, es indispensable abordarlos desde las formas de hacer presencia en el espacio urbano, esto puede ser visto, por un lado, desde las prácticas laborales sobre el espacio, como formas de apropiación; y las formas de experimentar la ciudad desde los espacios del ocio, a continuación, desarrollaremos cada una de estas prácticas.

a) *Prácticas laborales sobre el espacio*

Para entender esta dimensión, es importante aclarar que en Ecuador entre el 2017 hasta la pandemia del COVID19 en 2020, los flujos de migrantes venezolanos se intensificaron. Esto vino acompañado de una imagen negativa del migrante como “invasor” y a partir de algunos hechos de violencia que fueron atribuidos a migrantes venezolanos, se desencadenó una ola de xenofobia que tuvo su punto máximo en la expulsión y persecución de migrantes en la ciudad de Ibarra en 2019. Esto tuvo efectos negativos en la inclusión socioeconómica de la población venezolana en Ecuador y en Quito, y en sus condiciones de vida, empleo y a acceso a la vivienda (Chaves et al., 2021, p. 32). Debido al aumento de las/los migrantes en Ecuador, y en vista que la regularización se convertía en un proceso difícil, muchos optaron por insertarse en el sector informal en condiciones laborales precarias, por medio de la venta ambulante en el espacio urbano (Célleri, 2019).

Diversos autores (Garcés, 2007; Imilan, 2014; Margarit y Bijit, 2014; Stefoni, 2013) han abordado las formas en que los migrantes realizan procesos de producción y apropiación espacial, por medio de actividades comerciales basadas en ventas ambulantes - puestos de comidas rápidas, tiendas de barrio, venta de telefonía celular etc.-, en ese proceso dejan su huella e incluyen nuevos significados al espacio urbano de las ciudades. En ese sentido, es fundamental entender la relación entre la producción del espacio y los procesos de apropiación espacial de las/los migrantes. Para eso, analizaremos algunos casos concretos de apropiaciones espaciales con fines laborales.

El caso de Liliana, originaria de Caracas, es clave para entender los procesos de apropiación en el espacio urbano, ya que este se ha convertido en su lugar de trabajo y la única forma de sustento para ella y su familia:

Soy comerciante informal, vendo maní en todas partes de Quito, vendo en las calles, en los buses, es muy peligroso y problemático y uno se encuentra con gente mala y prefiero abstenerme de esa situación por más que me sepa defender (Liliana, 2021)

Como relata Liliana, el espacio se convierte en un medio para la supervivencia de muchos migrantes en la ciudad. Para ella, la venta informal implica una serie de problemas en torno a la peligrosidad no solo en el encuentro con otredades, sino en el reconocimiento de la trama urbana y los peligros propios de trabajar en la calle. Como parte de su producción del espacio, Liliana ilustra cómo la práctica de ventas callejeras es un medio para obtener beneficios y dar sentido al espacio y sacar provecho de este (Delgado, 2013). Estas actividades permiten entender formas de apropiación espacial, en cuanto a presencia y trabajo sobre el espacio. Más allá de una ocupación y uso del espacio para actividades laborales, implica incluir elementos propios, símbolos, modos de hablar, vestir, relacionarse sobre el espacio que refuerzan la apropiación (Vidal, Pol: 2005). Por tanto, el espacio es socialmente construido a través de la interacción entre diferentes grupos sociales y sus prácticas espaciales (Lefebvre, 2013), es decir que las personas redefinen y utilizan el espacio público de acuerdo con sus necesidades y deseos, desafiando así el orden espacial impuesto por las instituciones y autoridades.

Según Lefebvre, “habitar, para el individuo o para el grupo, es apropiarse de algo. Apropiarse no es tener en propiedad, sino hacer su obra, moldearla, formarla, poner el sello propio” (Lefebvre, 2013: 209-210). De esa forma, la práctica de venta en el espacio urbano constituye un tipo de “habitar” como lugar de oportunidades para la supervivencia (Marcús, 2020).

Por otra parte, la apropiación espacial no ocurre solamente en espacios urbanos de uso público, también en espacios semi-públicos, o privados, como mercados barriales, centros de distribución de alimentos, terminales terrestres, en donde las/los migrantes pueden desplegar sus ventas, socializar con el entorno y con otros vendedores. Es esta cualidad del espacio de ser apropiado permite la aparición de conflictos con otros actores que hacen uso de este:

¡qué no nos pasó!, nos caímos a golpes con las señoras, nos tiraban las empanadas, nos llamaban a la policía, nos echaban agua, nos escupían, nos insultaban por usar el espacio y porque les quitábamos ventas a ellas, con el tiempo fuimos entendiendo que esa era su vida y cuando llega alguien nuevo con un producto nuevo, tus ventas bajan, entonces sí era bastante complicado (Elizabeth, 2021).

Sí, xenofobia, porque supuestamente quiero quitarles el trabajo a otros. Me han gritado que ¡vaya a repartir el culo a Venezuela!, cuando yo vendía comida en la calle, me decían que nuestra comida [venezolana] sabe fea (Andrea, 2021)

En el caso de Elizabeth, oriunda de Maracay y Andrea de Caracas, la discriminación sufrida parece ser una respuesta a la percepción de que las/los migrantes están desafiando las normas establecidas sobre quiénes “deberían” ocupar esos espacios y participar en ciertos tipos de trabajo. Las disputas por el espacio entre migrantes y residentes locales son comunes y surgen debido a la creencia generalizada de que los migrantes están quitando empleos a los ecuatorianos. De acuerdo con Massey (1991), las prácticas socio espaciales y las relaciones sociales de poder definen el espacio. Las relaciones de poder delimitan las fronteras espaciales y establecen quién pertenece y quién queda excluido (Massey, 1991).

Aunque no se pretende afirmar que existe un sentimiento negativo generalizado hacia la migración venezolana, su presencia en el espacio urbano de uso público es un tema sensible entre trabajadores locales que operan en el espacio. Frases como: “¿Qué hacen aquí? ¡Váyanse de aquí, nos han quitado nuestros trabajos!” son expresiones recurrentes en calles y plazas donde desempeñan sus labores. Según Juliana Marcús, el espacio urbano

debe entenderse como un escenario disputado entre diversos actores sociales, incluyendo al Estado, urbanistas, planificadores, organizaciones vecinales, usuarios e itinerantes urbanos (Marcús, 2020). El espacio urbano es un lugar de confrontación entre grupos, que compiten por determinar quiénes son los usuarios legítimos y quiénes se consideran ilegítimos en su uso.

Por otra parte, la presencia de autoridades sobre el espacio público se conecta con el *por qué y para qué* se han pensado los espacios urbanos (Delgado, 2013). En algunos relatos, el control se materializa en la presencia de policías metropolitanos en la ciudad, avivando el temor de posibles controles migratorios y la imposición de multas o sanciones, especialmente a los migrantes que se encuentren en situación irregular:

Vendo tabacos en el terminal de Quitumbe. Es una zona en la que tengo confianza. La gente ya me conoce y sabe que no soy mala persona, y cuando veo los policías metropolitanos simplemente recojo mis cosas y me voy caminando a un lugar seguro, porque no puedo permitir que me quiten los tabacos, porque es de lo que yo vivo (Anthony, 2021)

El relato de Anthony expone la inseguridad de las/los migrantes de trabajar en espacios controlados por autoridades públicas y privadas y la posibilidad que puedan confiscar sus mercancías o no los dejen trabajar más en el espacio urbano de uso público. En este caso, el espacio se convierte en instrumento de la reproducción de la vida económica atravesada por relaciones de producción y de control. Según Lefebvre, el espacio concebido es creado por especialistas y urbanistas (Lefebvre, 2013), por consiguiente, cuando aparece alguien diferente (como vendedores ambulantes, migrantes), cuyas prácticas no se ajustan a las concepciones previas, se percibe como una “invasión del espacio”, dando forma a la imagen del otro como intruso. Esta noción contribuye a la construcción de una percepción negativa del otro, retratándolo como un invasor que utiliza ilegítimamente el espacio público (Boy, Marcús, Perelman; 2015).

Con estos relatos podemos decir que el conocimiento de la ciudad gira en torno a la búsqueda de estabilidad y al afianzamiento laboral. Desafortunadamente, las condiciones económicas de Ecuador y La privación de experimentar la ciudad desde otros aspectos refleja la rudeza de la experiencia migrante. En las entrevistas, las/los migrantes asumen la responsabilidad económica de sus familias en Venezuela, y señalan que prefieren quedarse en casa para poder ahorrar y enviar dinero a sus familiares.

b) El ocio: otras formas de practicar el espacio

Como hemos visto, el habitar se construye de variadas maneras, entre la idea de vivir la ciudad, de movilizarse, de trabajar sobre el espacio, también se integra la idea del disfrute del espacio, como una práctica de reconocimiento de la ciudad. En ese sentido, el ocio está integrado a las prácticas de vivir y de relacionarse con la ciudad. Sobre esto operan las condiciones materiales de las/los migrantes, los condicionantes de clase, raza/etnia y género, que influyen la posibilidad del disfrute de la ciudad. Aunque muchos migrantes se relacionan con el espacio desde sus trabajos y su supervivencia, a otros, sus condiciones materiales les han permitido acoplarse a la ciudad y disfrutarla, lo que hace que las experiencias sean muy diversas. Una de entender las apropiaciones del espacio de las/los migrantes sobre la ciudad, es identificando los espacios favoritos para el disfrute.

Entre estos espacios para el disfrute se distinguen tres escenarios: los parques urbanos, los centros comerciales y las zonas de bares y restaurantes. Entre los testimonios,

los parques de la ciudad más concurridos por las/los migrantes son el parque La Carolina, el parque Metropolitano y el parque el Ejido, que son espacios verdes ubicados al centro – norte de la ciudad y que son conocidos por ser parques en medio de la ciudad. En estos espacios, las/los migrantes prefieren pasar sus periodos de descanso y ocio:

Salíamos al parque El Ejido y La Carolina, este se parece a un parque de San Cristóbal que se llama Metropolitano, es así de grande y de bonito, solo que al de allá le falta la laguna, pero es casi igual (Consuelo, 2021)

Los fines de semana yo juego. El Parque donde entreno y me la paso jugando es el Parque Inglés. Ese era el lugar que más visitaba después del trabajo (Valentina, 2021)

Iba mucho al norte, a los parques, a los centros comerciales. Me lo pasaba en La Carolina, me la pasaba mucho por la bebé, casi todos los fines de semana por la bebé, entonces para que se distrajera (Mónica, 2021)

En estos relatos, el parque se centra como espacio público típico de esparcimiento. Que es de fácil acceso. Sobre estos espacios recaen formas de apropiación, vinculadas también a la idea de la nostalgia, como en caso de Consuelo de San Cristóbal, o el caso de Valentina de Valencia, para quienes, su conexión con el espacio radica en su experiencia previa. El vínculo con la naturaleza y los espacios de ocio muestra como muchos espacios de la ciudad se vuelven universales (Giglia y Duhau, 2008), y que para el caso de las/los migrantes, los vincula a sus lugares de origen

Otros espacios que frecuentan para la interacción en la ciudad son los espacios cerrados como los *mall* o *shoppings*. Estos espacios ocupan un lugar predilecto entre las/los migrantes venezolanos para encuentros o paseos en fines de semana. Ir al centro comercial no representa necesariamente intensión de consumo en las tiendas, sino un “estar” el espacio, como cuenta Andrés de la Victoria y David de Maracay:

Desde mi punto de vista, me gusta estar en los centros comerciales. De hecho, mi trabajo perfecto sería en un centro comercial. Me la pasaba en centros comerciales y los días libres me iba a ciertos lugares que no conocía (...). Visito mucho el Quicentro Shopping porque es el más cercano (Andrés, 2021)

Si prefiero centros comerciales, por el tema de no estar encerrado en cuatro paredes quizá, cuando salgo a encontrarme con amigos o conocidos, siempre es en centros comerciales, a una comida, a pasear, a ver vitrinas, aunque no compremos nada (David, 2021)

En el caso de Andrés, el acto “estar” se relaciona con hacer presencia en el espacio. Este se convierte en un espacio de aspiraciones, que viene acompañado con un ideal de progreso. A pesar de que es un espacio transitorio él relaciona el *mall* como un espacio de oportunidades de trabajo y le permite tender conexiones con este. Por su parte, David prefiere este espacio para la sociabilidad entre pares, ya que el espacio permite otras actividades. En esa medida, el centro comercial se percibe entre las/los migrantes como un espacio de entretenimiento. En estos relatos, se encuentra que el “estar o caminar” en los centros comerciales no tiene que ver necesariamente con prácticas de consumo de los venezolanos, sino con prácticas construidas de relacionarse con los espacios y que vienen del pasado urbano de las/los migrantes.

Aunque desde la sociología urbana y la geografía (Soja, 1989) se criticaron estos lugares por la Macdonalización de los espacios (Ritzer, 1994) y simbolizan instituciones

globalizadas de consumo, algunos autores señalan que son espacios privados y controlados, pero también son públicos porque cumplen con una función socializadora (Arciniegas et al. 2016). Esto ha llevado a un debate de si son espacios públicos o espacios privados y su contribución a las ciudades donde se localizan.

En el caso de los venezolanos, la fascinación por los centros comerciales viene de la influencia estadounidense de la segunda mitad del siglo XX y el auge petrolero. Los centros comerciales se introducen en Venezuela y el resto de los países de la región hacia los años 60. De esas épocas se hace famosa la frase “esta barato, dame dos”, que representa las dinámicas de consumo venezolanas de la época de bonanza petrolera². Esta imagen del venezolano como consumidor entusiasta de los años 60, pervive en las características de consumo de la cultura venezolana, como expresa Andrea: “Nosotros los venezolanos somos despilfarradores, si tenemos 5 dólares nos los gastamos y vemos luego que pasa” (Andrea, 2021).

Otros espacios como zonas de bares, restaurantes y discotecas, llamadas zonas de ocio, son practicadas por las/los migrantes como formas de disfrutar la ciudad. Entre estos espacios, destaca la zona rosa de la Mariscal, como un espacio reconocido por ser el epicentro de turismo, entidades bancarias y oficinas en la ciudad (al menos en el momento de hacer las entrevistas) y que por un tiempo se convirtió en un espacio de gran afluencia de migrantes que buscan trabajo en diferentes áreas de servicio como discotecas, cafeterías, peluquerías, estacionamientos entre otros (Malo, 2019), como lo relata Daniela y Rubí:

Antes de la pandemia pues, visitaba mucho los cafés, los centros comerciales como el Quicentro, el parque La Carolina y bueno como yo trabajaba en una discoteca, iba mucho a la Foch, cuando me tocaba trabajar (Daniela, 2021)

Visitaba mucho antes un local ahí en La Foch, porque ahí fue donde inicialmente pensé en trabajar, en un bar. Ahí por temas de conocimiento, me dejaron trabajar sin tener visa y regulación, mientras esperaba eso, ahí me dejaban trabajar (Rubí, 2021)

En los relatos de Daniela de Caracas y Rubí de la ciudad de Maracay la zona de la Mariscal se convierte en un espacio que pueden apropiarse a partir de prácticas sociales que se imprimen sobre el espacio (Martínez, 2014). Por un lado, se hace evidente la concepción comercial dedicada a la diversión, por otro, las posibilidades de usar el espacio para trabajar. En la mayoría de los casos las/los migrantes, eran contratados como “flayeros”, que son los encargados de repartir volantes publicitarios a transeúntes, o los denominados “enganchadores” encargados de atraer clientes a los bares (Rendón, 2021), debido a que cumplen con criterios como ser atractivos/as, tener una buena apariencia y tener habilidades de convencimiento, que son condiciones que contribuyen a atraer clientes a los bares de la zona.

A pesar de que, en la mayoría de los relatos las/los migrantes estaban abiertos a disfrutar la ciudad en la medida de lo posible, para algunos migrantes los espacios de ocio no forma parte de su realidad cotidiana. El espacio urbano se convierte en fuente de sustento y de distracción, pero esto está travesado por la necesidad y las posibilidades económicas de las/los migrantes. Tanto los espacios públicos y privados como los parques y los centros comerciales son fundamentales para la inclusión en las dinámicas de la ciudad.

² Un documento que registra estos comportamientos es el documental “Mayami Nuestro” (1981) del director Carlos Oteyza, donde registra las prácticas de consumo de las clases medias venezolanas y sus gastos desmedidos en los shoppings en Miami en plena bonanza petrolera.

Reflexiones finales

Inicialmente en este trabajo nos preguntamos por los procesos de apropiación espacial de las/los migrantes al espacio urbano, y como construyen su habitar en la ciudad. En esa búsqueda se pudo identificar que en la construcción del habitar se dan tres procesos que permiten entender esa construcción: por un lado, las condiciones de elección de vivienda, las movilidades espaciales y finalmente, las prácticas sobre el espacio urbano y los procesos de apropiación espacial.

En el primer escenario, la escogencia del lugar para vivir de las/los migrantes se pudo observar la importancia de las redes de apoyo establecidas previamente al llegar a la ciudad y como esto influencia sus primeras experiencias en la urbe. Los criterios de elección de vivienda, lo económico, la familiaridad, la cercanía, e incluso los requisitos, son elementos que afectan las formas en que se integran a la ciudad. Un punto interesante de la relación de las/los migrantes con la ciudad y su experiencia metropolitana, es la distinción entre el espacio local y el espacio metropolitano, en donde se observa, que la mayoría de los entrevistados tenían poco contacto con sus vecinos, fuera del ámbito privado. En términos de Giglia y Duhau, muchos migrantes residen, pero no habitan el espacio donde viven, ya que no es un espacio donde se establezca una presencia social que los vincule con los vecinos. Esto no quiere decir que no se den espacios de sociabilidad entre migrantes y nacionales, sino que las relaciones están dadas por las redes migrantes previas.

En el segundo escenario, los relatos muestran la diversidad de experiencias de movilidad de las/los migrantes en su transitar por la ciudad. Se resaltan las formas de movilidad con el uso del transporte público y el reconocimiento del espacio urbano. Se identificó que estas experiencias de movilidad cotidiana están atravesadas por la distancia y la seguridad, pero también ejemplifican el desafío de moverse para cualquier persona que viva la ciudad. De igual forma, es importante resaltar las percepciones sobre el lugar son construidas desde dimensiones de seguras/inseguras o cerca/lejos, esto hace que algunos espacios de la ciudad sean poco visitados por los migrantes. Otro punto importante es la diferencia entre la percepción de seguridad entre hombres y mujeres. En ambos casos sus opiniones sobre el espacio están relacionados con percepciones e ideas de la seguridad implementadas por el imaginario popular y están atravesadas por el género y la clase social.

En el tercer escenario, se identificó que la construcción del habitar migrante está definida por las actividades que realizan en el espacio urbano. Esto es observable en el uso del espacio para trabajar y para el ocio, como las formas en que se integran al entorno urbano y se relacionan con los otros habitantes de la ciudad. En los relatos se ve cómo los migrantes buscan aprovechar los espacios de entretenimiento y descanso para insertarse a la ciudad. Así como la centralidad de lugares como parques y centros comerciales para la práctica del disfrute y como en estos espacios operan las condiciones de clase social de los migrantes y sus posibilidades de consumo.

El conflicto espacial está presente en la forma en que se encuentran con los vecinos sobre el espacio urbano. La mayoría de los entrevistados afirmaron que se han sentido discriminados por su condición de migrantes. Por otro lado, el género toma relevancia a la hora de hacer presencia en la ciudad, sobre todo con las mujeres en espacios privados y públicos, que en el imaginario popular son considerados peligrosos en determinadas horas del día. En el caso de los varones, las experiencias con la ciudad no son negativas, pero si se presentan casos de discriminación migrantes que trabajan en el espacio público.

Bibliografía

Arciniegas Solano, Elena; Guerrero Sierra, Hugo F. y Wilches Tinjacá, Jaime A. (2016). *Y ahora... ¿a dónde vamos? Los centros comerciales en la reconfiguración de los espacios públicos y las interacciones sociales*. Bogotá: Grupo Editorial Ibáñez.

Boy, M., Marcús, J. y Perelman, M. (2015). *La ciudad y el encuentro de la diferencia*.

Adultos que viven en la calle y mujeres que habitan en hoteles-pensión. Ciudad de Buenos Aires, 2007-2011. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 30(89): 369-404. DOI: <http://dx.doi.org/10.24201/edu.v30i2.1478>

Bourdieu, Pierre (2010) Efectos de Lugar, en: *La miseria del mundo*. Bourdieu, P. (Dir.) Buenos Aires: FCE, 2010, pág. 119-124.

Ceja Cárdenas, Ireri. 2015. Migraciones haitianas en la región andina (Dossier central). *Andina Migrante*, 19: 2-13. <http://hdl.handle.net/10469/6772> Downloaded from DSpace Repository, DSpace Institution's institutional repository

Chaves, Segura, Speroni, Cingolani (2017) Interdependencias múltiples y asimetrías entre géneros en experiencias de movilidad cotidiana en el corredor sur de la Región Metropolitana de Buenos Aires (Argentina). En *Revista Transporte y Territorio* /16 ISSN 1852-7175... [41-67]

Celleri, Daniela (2019) *Situación Laboral y aporte económico de migrantes en el norte de Quito*. Friedrich Ebert Stiftung Ecuador. – Ecuador.

Correa Álvarez, Ahmed (2016) “Del Caribe a la Mitad del mundo: migración cubana en Ecuador”. Ediciones Abya Yala, Quito.

De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano*. 1. Artes del hacer. México D.F., Instituto tecnológico y de estudios superiores de Occidente. “Introducción general”, pp. XLI a LIII y Cap. VII “Andares de la ciudad”, pp.103-115.

Delgado, Manuel y Malet, Daniel (s/f). *El espacio público como ideología*. *UrbanDoc*.1, 57-65.

Delgado, Manuel (2013). *Espacio urbano y espacio social en Lefebvre*. Conferencia realizada en Oporto.

Duhau, Emilio y Giglia, Ángela (2008). *Vida y muerte del espacio público* (Cap. 2). *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*. México D.F.: Siglo XXI Editores. pp. 45-64.

Di Virgilio, María Mercedes (2007). *Trayectorias residenciales y estrategias habitacionales de familias de sectores populares y medios en Buenos Aires*. Tese de Doutorado. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

Giglia, Ángela (2012). *Habitar, orden cultural y tipos de hábitats* (Cap.), en *El*

habitar y la cultura. Barcelona, Anthropos Editorial, pp. 9-26 OIM (2015) *Informe sobre las Migraciones en el Mundo 2015 - Los migrantes y las ciudades: Nuevas colaboraciones para gestionar la movilidad*. ISBN978-92-9068-711-5

Gómez Montañez, G., & Delgado Mahecha, O. (1998). *Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional*. (U. N. Colombia, Ed.) *Cuadernos de Geografía*, VII(1-2).

Jiménez López, I.M., Barrios Padura, Á., Mariñas Luis, J.C. y Molina Huelva, M. (2017). *La ciudad empática. Hacia un nuevo modelo de sociabilidad urbana*. En *Proceedings of the 3rd International Congress on Sustainable Construction and Eco-Efficient Solutions*. (156-167), Sevilla: Univesidad de Sevilla. Escuela Técnica Superior de Arquitectura

Lefebvre, Henri (2013). *La producción del espacio*. Madrid, España: Capitán Swing.

Malo, M. G. 2019. Access to formal employment and mobility: Colombian and Venezuelan forced migrants in Ecuador. RLI Working Paper No. 42. Disponible en: <https://sas-space.sas.ac.uk/9328/1/malo-access-formal-employment-mobility-v2.pdf>

Massey, D. (2005). La filosofía y la política de la espacialidad. Algunas consideraciones” en Arfuch, L. (Comp.) Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias.

Marcús, Juliana (2020) El “deber ser” de la calle: una reflexión sobre la regulación y el control del espacio público en la Ciudad de Buenos Aires. Revista Argentina de sociología N°26 enero-julio 2020.

Martínez, Emilio (2014) Configuración urbana, habitar y apropiación del espacio Universidad Complutense de Madrid XIII Coloquio Internacional de Geocrítica El control del espacio y los espacios de control Barcelona, 5-10 de mayo de 2014.

Micolta León, Amparo (2005) Teorías y conceptos asociados al estudio de las migraciones internacionales. Trabajo Social No. 7, (2005) páginas 59-76 © Revista del Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia

OIM (2015) Informe sobre las Migraciones en el Mundo 2015 - Los migrantes y las ciudades: Nuevas colaboraciones para gestionar la movilidad. ISBN978-92-9068-711-5

OIM (2020) Informe sobre las migraciones en el Mundo 2020. Organización Internacional para las Migraciones 17 route des Morillons Apartado de correos 17, 1211 Ginebra 19, Suiza.

OIM (2022) Informe sobre las migraciones en el Mundo 2020. Organización Internacional para las Migraciones 17 route des Morillons Apartado de correos 17, 1211 Ginebra 19, Suiza

Ortega, Carlos, y Oscar Ospina, coordinadores (2012), “No se puede ser refugiado toda la vida”. Refugiados urbanos: el caso de la población colombiana en Quito y Guayaquil (Quito: FLACSO-Sede Ecuador).

Peralvo Pazan, Rony A. (2017) La migración calificada de venezolanos a Quito. Realidades y expectativas de su situación laboral. Tesis de Grado de maestría. Instituto de altos estudios Nacionales- IAEN-

Raffestin, C. (2009). “A produção das estruturas territoriais e sua representação”. En Saquet, M. A. y Savério

Rendón Gutiérrez, José Gonzalo. 2021. Experiencia laboral de personas migrantes venezolanas en las actividades de Flyeros y Enganchadores en la zona La Mariscal en Quito 2019. Tesina de especialización, Flacso Ecuador.

Ritzer, George (1994). La McDonalización de la sociedad (I. Hierro y R. Hierro, trads.). Barcelona: Ariel, 1996.

Rodó de Zárate, María (2018). Hogares, cuerpos y emociones para una concepción feminista del derecho a la ciudad. En Navas Perrone, Marina Gabriela y Makhlof de la Garza, Muna, Apropiedades de la ciudad. Género y producción urbana: la reivindicación del derecho a la ciudad como práctica espacial. Barcelona: Pollen. Pp. 47-74.

Segura, Ramiro (2015) Vivir afuera: Antropología de la experiencia urbana; Universidad Nacional de San Martín.

Signorelli, Amalia (2008), «Soggetti e luoghi. Loggetto interdisciplinare della nostra ricerca», en Costanza Caniglia, Amalia Signorelli (eds.), La ricerca interdisciplinare tra antropologia urbana e urbanistica, pp. 43-60.

Soja, Edward W. (1989). *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Social*

Theory. Londres: Verso.

Torres Pérez, Francisco (2008) Los nuevos vecinos en la plaza. Inmigrantes, Espacios y Sociabilidad Pública. En *Revista de Antropología Iberoamericana*. Volumen 3, Número 3. Septiembre-Diciembre 2008. Pp. 366-397 Madrid: Antropólogos Iberoamericanos en Red. ISSN: 1695-9752

Valdivia, B. (2018). Del urbanismo androcéntrico a la ciudad cuidadora. *Hábitat y Sociedad*, (11). Disponible en.

<https://periferiaactiva.files.wordpress.com/2019/03/massey.pdf>

Vidal, Tomeu y Eric Pol (2005). “La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares”. *Anuario de Psicología*, Vol. 36, No3: 281-297.